

Otro tanto ocurre con los bienaventurados de cielo. En posesión de Dios, sólo buscan la sociedad con los demás, la comunión de su beatitud y demás bienes espirituales poseídos; comunión que, desde luego, aumenta su propia dicha, porque, claro está, que no se puede dar sin que otro reciba, y en este sentido, en tales sociedades de tipo espiritual, permanece analógicamente, de un modo eminential el primer género de sociedad.

También cuando los hombres han alcanzado cierto grado de madurez espiritual —intelectual, moral y religiosa— la sociedad a la que pertenecen se acerca y participa más de este tipo ideal de sociedad, van a dar a los demás de la riqueza de sus bienes espirituales: de su heroísmo, de su ciencia, o de su virtud o santidad. Sin embargo, en tales sociedades del **homo viator**, siempre subsiste y **prevalece** el motivo de la primera sociedad, precisamente por la finitud y limitación de cada uno de sus miembros, lejos aún de su perfección definitiva únicamente alcanzable en la vida inmortal.

Sólo en algunos pocos de sus miembros se logra acercarse más al ideal del primer tipo de sociedad. Son las grandes **personalidades**, en uno u otro de los bienes de que necesita la sociedad, y que ellas han logrado alcanzar y que, desde su relativa plenitud, lo rebasan y devuelven a la sociedad, a la que dan mucho más de lo que de ella han recibido: son los **sabios**, los **héroes** y los **santos**.

Sintetizando lo expuesto, podríamos decir que el primer tipo de sociedad es preferentemente de **individuos**, ya que las personas pertenecen a ella por los motivos de indigencia y necesidad, cuyas raíces están en la individuación, que, desde y por la materia, coarta a un determinado sujeto la perfección específica y personal de la forma. Tal es el tipo fundamental de sociedad humana, el de la sociedad que el hombre instaura por inclinación natural para defender sus derechos individuales y familiares y procurarse, siempre en unión con los demás, todos aquellas bienes necesarios o convenientes que sólo no podría procurarse —el **bien común**— con cuya ayuda poder alcanzar su propio fin trascendente y realizarse o actualizarse así plenamente **como persona**.

En oposición a él, se constituye el segundo tipo de sociedad, que podríamos llamar preferentemente **personal**, ya que las personas no lo constituyen buscando el remedio de su pobreza, sino la comunicación de su riqueza. Tal el tipo de sociedad de puros espíritus, e ideal al que ha de intentar aproximarse siempre toda sociedad humana, que no quiera desintegrarse por el egoísmo.

Brevemente, la sociedad es fruto, en el primer caso, de la limitación **individual**, mientras, en el segundo, de la **plenitud personal**; fruto, en el primer caso, del no-ser de la materia, del ser o perfección, de la espiritualidad, en el **segundo**.

OCTAVIO NICOLAS DERISI

Director del Instituto de Filosofía y Catedrático de Gnoseología y Metafísica en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional y en el Seminario Metropolitano Mayor de La Plata (Rep. Argentina).

## INTELECTUALISMO Y VOLUNTARISMO MEDIEVALES

Por B. MANTILLA PINEDA

La estimación de la Edad Media oscila entre el elogio y la condena. Pero un milenio de historia del mundo occidental no se puede describir unilateralmente! Ni el nombre ni los conceptos valorativos hasta ahora usados captan la esencia de ese período tumultuoso y fecundo, que se extiende entre el crepúsculo de la civilización romana y la aurora de las culturas modernas. Alud de pueblos, fusión de razas y de lenguas, gestación de instituciones e ideas, claros y sombras, senectud y juventud, gestas y concepciones grandiosas del mundo, renacimientos y descensos, en fin, hitos seguros en la marcha a un mundo plural, eso es la Edad Media!

No hay mejor manera de concebir la Edad Media sino como una época larga del lento aprendizaje y de asimilación de los elementos culturales greco-romanos y del espíritu profundo de los pueblos del Norte. De la mezcla de razas y lenguas, de ideas y costumbres, de anhelos espirituales y de intereses materiales, emergen gradualmente Estados, instituciones, artes, dogmas y filosofías. La Edad Media no es una sino múltiple. Dualidad de intereses, de gestas, de ideales, de vida interior, hay por dondequiera bajo el símbolo de la unidad ecuménica medieval.

### I.—DUALIDAD ETNICA: LATINOS Y GERMANOS

Nadie ignora hoy que en la Edad Media trata de establecerse el equilibrio entre dos razas distintas: la meridional civilizada y la nórdica bárbara aún. Oleadas de germanos y normandos bajaban entonces hacia el sur en busca de aventuras y fortuna, y caravanas de latinos se internaban en las penumbras del Norte en misión espiritual y civilizadora. El Sur renovaba en sus venas sangre guerrera para resguardar a Europa del peligro de la Media Luna, y el Norte despertaba a los valores religiosos y morales del cristianismo, y a los valores estéticos y culturales de la herencia greco-romana. El Sur fortalecía su brazo heroico con la belicosidad selvática y el Norte iluminaba su espíritu con la luz meridional.

Las influencias extranjeras en los pueblos del norte fueron a modo de polen que excita y acelera la fecundación de algo grande. Y es así como en los momentos decisivos crece allí la cultura "siguiendo siempre, a pesar de todo, las leyes propias inherentes a ella". Otra modalidad, otro sabor y nuevo sentido toma el pensamiento meridional en el alma primigenia y nocturna de los pueblos germanos y sajones. "El mejor método para llegar al nudo del asunto consiste, indudablemente, dice J. Bühler, en seguir en detalle este proceso de evolución, para ver, por ejemplo, cómo la poesía cabaleresco-cortesana, saturada y sobrecargada en sus comienzos de temas, formas e incluso palabras de otros pueblos, llega a desarrollarse en el mundo germánico hasta lograr la maestría, jamás alcanzada por sus fundadores latinos y celtas, de un Wolfram de Eschenbach, de un Walther von der Vogelweide y de un Godofredo de Estrasburgo, cómo las artes plásticas del gótico germánico superan en algunas de sus obras a su modelo, el gótico francés, o cómo las incomparables especulaciones, las búsquedas y los afanes de un Eckehart tienen su punto de partida en el escolasticismo..."

La dualidad de germanos y latinos ha contribuido desde la Edad Media, en constante rivalidad, a la configuración de los grandes momentos históricos y de los grandes hallazgos culturales del mundo occidental. Ora de un lado, ora de otro, han salido las iniciativas en las empresas formidables de la política o ciencia, de la vida social o de la especulación filosófica, y en ambos ha alternado la dirección y orientación mundial en los destinos políticos y culturales. De genio latino y de ímpetu germánico están saturados nuestros más altos y preciados bienes sociales e intelectuales: la religión, las instituciones, las doctrinas políticas, el derecho, el arte, la literatura, la ciencia y la filosofía.

## II.—DUALIDAD ESPIRITUAL: MÍSTICOS Y TEOLOGOS

También es dual la Edad Media en la vida interior, en la vida religiosa. En ella se gestan y configuran doctrinas, dogmas, comunidades, vidas de santos y milagros. Nunca en la historia del mundo se ha cruzado por una temperatura espiritual tan intensa ni por una entrega más sincera de la personalidad a la conquista de su morada postrera. Los sentimientos y la inteligencia, todo el ser y la vida, estaban polarizados por la necesidad suprema de ganar la vida eterna. El centro de gravedad de toda la conducta individual y colectiva estaba desplazado al más allá. El Estado y la Iglesia, los dos poderes, obran sinérgicamente en el único fin mayor de salvar el alma. Las órdenes monásticas, el espasmo del milenario, las primeras cruzadas, las visiones de los místicos, las sumas teológicas, en fin, el puritanismo medieval y la saturación religiosa del más mínimo movimiento, no dan lugar a duda del carácter espiritual de la Alta y Baja Edad Media. "El 'vanitas vanitarum vanitas' resuena a través de toda la Edad Media en el tono menor de una renunciación cansada del mundo y en el tono mayor de una apasionada hostilidad contra el mundo, llena de temblorosa angustia por la salvación de la propia alma y en seguida como un grito de triunfo sobre todo lo terrenal" (J. Bühler).

Como doble función de la intensidad de vida espiritual corren en la Edad Media la interpretación mística y la teológica de Dios, de la vida y del mundo.

Místicos y teólogos, por caminos distintos y con medios opuestos, mantenían tensa y viva la preocupación por sentir o comprender la majestad de los misterios eternos. Los unos con el amor y el éxtasis, los otros por la razón y la reflexión dialéctica, pugnaban con igual ardor por hacer sensibles las verdades invisibles. A la larga la mística colocará los sentimientos, la vida irracional, el amor y la voluntad, sobre las luces de la inteligencia, y la teología descansará confiada en la fuerza cognoscitiva y demostrativa de la razón. Y del duelo dialéctico de místicos y teólogos saldrá por primera vez la aproximación de la filosofía a principios irracionales.

La hueste de teólogos podemos representarla en Santo Domingo y la orden de predicadores. La predicación tiene como medio la palabra, el verbo, la razón y persuasión. Se dirige siempre al entendimiento, a la reflexión. Refuta, destruye primero, y convence luego. El teólogo es el escolástico perfecto.

La familia de místicos está simbolizada por San Francisco de Asís y las órdenes mendicantes. La mística apela al corazón, a los sentimientos, a la emoción directa, a las antenas afectivas que captan las radiaciones invisibles de lo Infinito. La mística es integración, comunión emocional con el Todo y solidaridad con todos los seres.

En caudalosa corriente la mística arrancaba de San Agustín, el maestro indiscutible de la Edad Media pre-aquinense. El había logrado la síntesis de la filosofía de Platón y Plotino con el cristianismo. En devoción y doctrina, en pensamiento y amor, la cristiandad medieval no conoció tendencia espiritual mayor que la agustiniana. Su fuerza de cohesión era tal que dió a la fe la unidad y estructura en la cual persistiría indefinidamente. Pero en el interior de la arquitectura románica de su edificio doctrinal moraban también los gérmenes de sucesivas y permanentes renovaciones. La originalidad y fecundidad de la tendencia agustiniana han reverdecido en muchas ocasiones el tronco enjuto de la vida y el pensamiento europeos.

Una fuerte corriente paralela pero de menor importancia procedía del material aristotélico transmitido por Boecio. La lógica y la ontología entrenaron el pensamiento para las justas dialécticas y teológicas de la alta y baja Edad Media. La filosofía de raigambre aristotélica permanecerá fiel a la razón y la inteligencia como tribunal supremo de conocimiento. Pero frente a ella levantará banderas la filosofía de matiz agustiniano con su exaltación de la voluntad y la existencia.

## III.—DUALIDAD DE TIPOS HUMANOS: SANTO TOMAS Y DUNS SCOTO

En el momento de apogeo de la cultura medieval, dos órdenes religiosas imprimieron el sello propio a la especulación filosófica: la de los dominicos y la de los franciscanos. La una dió a Tomás de Aquino y la otra a Duns Scoto. El primero es un genio latino y el segundo un genio nórdico. En su pensamiento se reflejan su raza, su temperamento personal, su tradición, su medio y sus influencias. "Si los dominicanos han producido dos genios de primer orden, Alberto y Santo Tomás, dice E. Gilson, los franciscanos han producido muchísimos más filósofos originales. Parecería que los dos grandes dominicos

hubieran aplastado bajo el peso de su gloria y la perfección de la obra realizada, el espíritu de curiosidad y de invención en la orden a que pertenecían. Fuera de raras excepciones, como la constituye Durando de Saint-Pourcain, la orden dominicana obra en la Edad Media como factor de conservación. Comienza con una revolución filosófica, pero una vez fundado un nuevo estado de cosas, permanece en él. Los franciscanos por el contrario, inaugurarán un trabajo de revisión y de crítica, tanto del mismo contenido de las doctrinas, como de sus principios, que arrastrará progresivamente la filosofía medieval en dirección al Renacimiento. Además, hemos de tener en cuenta que la influencia franciscana en el siglo XIV va inseparablemente unida con la de la universidad de Oxford y con la del genio británico. Oxford deshará lo que ha hecho París; Duns Scoto prepara a Occam y Occam anuncia, en más de un punto, el espíritu de la filosofía moderna”.

Noble de nacimiento, religioso por vocación y filósofo por temperamento, Santo Tomás de Aquino es un tipo humano representativo de los pueblos latinos con historia y tradición, con normas sociales y refinamiento cultural. Su vida entera se desarrolla como un programa escolar. No hay titubeos ni claudicaciones sino ascenso continuo y seguro. Todo es tesón y orden, inteligencia y lógica. Hasta el nombre de sus obras máximas: “La Suma contra los gentiles”, convincente apología de la concepción cristiana del mundo, y “La Suma teológica”, estructuración arquitectónica de la filosofía y la teología, revelan el afán de claridad, ordenación y solidez. Su vida activa de estudioso se consume también en la madurez lógica y coordinadora del filósofo.

Casi sin interrupciones ni obstáculos la filosofía tomista ha seguido en la historia un curso ascensional. Cuadra sin graves enmiendas con los dogmas de la fe y el desarrollo del pensamiento científico. Su intelectualismo y realismo representan de igual modo la posición moderada y reconciliadora entre los extremos del dogmaticismo y escepticismo, del idealismo y objetivismo, del racionalismo y empirismo, en los cuales se ha debatido sin esperanza de solución la filosofía moderna. No extraña, pues, el destino histórico del tomismo en grandes círculos culturales y filosóficos de los últimos siglos.

“El tomismo, cuenta I. M. Bochenski, ha sido recomendado por la Iglesia Católica (Encíclica Aeterni Patris, 1879) y sus partidarios son, por la mayoría, católicos. Pero no constituye el único movimiento filosófico dentro del mundo católico y, por otra parte, cuenta con muchos partidarios importantes entre gente no católica (por ejemplo, el pensador norteamericano M. Adler)”. Ningún otro movimiento filosófico posee hoy tantos pensadores y tantos centros de estudio como el tomismo. Entre sus máximas figuras vivientes están J. Maritain, E. Gilson, Yves Simon, Martín Grabmann, etc.

Duns Scoto, por el contrario, nace en fecha ignorada en la indómita Escocia, pertenece a un linaje oscuro y a una raza primordial sin historia ni cultura, pero con vigor y exuberancia interior sobresa y sella una obra fecunda y original en la breve trayectoria de su vida. Su caso de pensador joven y precoz no deja de ser excepcional en la historia de la filosofía. Posiblemente entró a los dieciséis años a la orden de los franciscanos a la cual legó la profundidad de su pensamiento y la gloria de su nombre.

Duns Scoto no ha corrido la misma suerte que Santo Tomás de Aquino. Nunca su filosofía ha logrado amplia difusión, no obstante las conexiones directas con la filosofía moderna. Los filósofos mismos no han comprendido a cabalidad el puesto de Duns Scoto en la filosofía medieval y la significación y trascendencia de su pensamiento. Desde un principio y por largo tiempo se la aceptó con reservas, vacilación y temor. A menudo la han juzgado como filosofía de la decadencia escolástica. El juicio exacto e imparcial, sin embargo, lo ha enunciado E. Gilson. “Encarado desde el punto de vista tomista, dice, el movimiento que comienza con Duns Scoto, evidentemente no puede ser considerado sino como punto de partida de una decadencia; pero considerado simplemente desde un punto de vista histórico, es el que prepara el advenimiento de las nuevas filosofías y el que explica su aparición”. La filosofía contemporánea de orientación existencialista liga de nuevo el pensamiento especulativo con la tradición agustiana en la que como grandes hitos están Blas Pascal y Duns Scoto. No es raro, pues, que Martín Heidegger, el fundador del existencialismo ontológico, haya dedicado al filósofo franciscano la monografía titulada: “Die Kategorien und Bedeutungslehre des Duns Scotus”.

Dentro de la filosofía católica contemporánea el escotismo tiene su cuartel en la escuela franciscana. Entre la bibliografía reciente, por ejemplo, encontramos: “Jean Duns Scot, un Docteur des Temps Nouveaux”, de Béraud de Saint-Maurice. Es una obra de fuerte convicción católica y de hondo y exacto conocimiento de la sabiduría escotista.

#### IV.—DUALIDAD FILOSOFICA: INTELECTUALISMO Y VOLUNTARISMO

En la escolástica, más que en la práctica, se integra el pensamiento filosófico a la doctrina y tradición cristianas. Pero en vez de una síntesis homogénea salen dos direcciones distintas: la una con marcado acento helénico y la otra con hondas repercusiones de los estratos primordiales de la conciencia humana. Desde entonces tenemos en la historia de la filosofía el intelectualismo de Santo Tomás de Aquino y el voluntarismo de Duns Scoto.

“El pensamiento de Duns Scoto, dice E. Gilson, que a primera vista podría parecer muy semejante al de Santo Tomás, se distingue de él en más de un aspecto, y ciertamente no son vanas sutilezas o mero juego de palabras, los que separan a los dos doctores. Ambos filósofos usan el mismo material de conceptos tomados de la filosofía de Aristóteles, pero los edificios contruidos con estos materiales comunes son de estilo diferente. La obra, por lo demás incompleta, de Duns Scoto es ciertamente muy inferior a la de Santo Tomás, en cuanto a la riqueza y al orden arquitectónico de su contenido; pero la ventaja, a su vez, por la potencia y la originalidad de la inspiración que la anima. Santo Tomás tiene el genio del orden racional, y es acaso el más grande ordenador de ideas que la humanidad ha conocido. Duns Scoto pertenecería más bien a la pléyade de los inventores que a la de los ordenadores. Podemos decir que por él, y con su filosofía, la concepción cristiana del Dios infinito y creador, llega por primera vez a una conciencia plena de sí misma. Al sustraer al Ser infinito a toda determi-

nación, incluso a la de los arquetipos pensados por el acto mismo de una esencia que se piensa, Duns Scoto reivindica los derechos del Dios Cristiano y los defiende instintivamente contra la contaminación del pensamiento helénico. Un Dios verdaderamente infinito, más que como el lugar de las ideas, debe aparecer como la fuente de las mismas. Al colocar en el origen de todo la infinitud de Dios, la doctrina de Scoto realizaba el modelo de una filosofía en la que el ser infinito ya no es solamente la Verdad y el Bien, sino también la causa de la Verdad y del Bien, y que ve, en la contingencia con que Dios los produce, la señal tanto de su libertad radical como de su infinita fecundidad".

Hoy que se habla tanto de intelectualismo y anti-intelectualismo pongamos en claro, ante todo, lo que significa el primero. El intelectualismo es principalmente una posición gnoseológica que considera la inteligencia, el entendimiento o la razón como el órgano propio del conocimiento. En la filosofía antigua Arisóteles es un intelectualista y en la medieval, Santo Tomás. No obstante las conexiones fundamentales entre estos dos genios filosóficos, hay también más de una diferencia exigida por la peculiar concepción del universo profesada por cada uno de ellos. Por ejemplo, para el Aquinate filosofía y teología son dos ciencias, dos tipos distintos de saber. La filosofía se funda en el ejercicio de la razón humana; la teología en la revelación divina, y en rigor no la hace el hombre sino Dios. "Son, pues, dos ciencias independientes, pero con un campo común; su distinción viene ante todo, del punto de vista, del objeto formal; pero su objeto material coincide parcialmente (Julián Marías)". Por eso hay también una teología natural junto a la teología fidei. Hay una distinción entre la razón y la fe, pero también una necesidad de armonía.

Dios era para el filósofo medieval el objeto supremo de conocimiento. El intelectualismo tomista se muestra en la confianza de la demostración racional de Dios. Es una demostración necesaria y posible. Las vías o pruebas de la existencia de Dios acumuladas por Santo Tomás son punto de apoyo para elevar nuestra mente a la Inteligencia Suma. No hay que perder de vista ni por un instante la continuidad de la tendencia helénica de ver en Dios la Sabiduría y Perfección. La naturaleza divina misma estaba concebida en términos racionales: "Acto Puro". Esencia y existencia en Dios son indiscernibles.

Sin serios eclipses ni perturbaciones el conocimiento y el intelecto han dominado en la antigüedad y el medioevo el panorama de la filosofía. Sólo en la Alta Edad Media recibe fuertes sacudidas. Desde entonces comienzan con persistencia las discusiones del primado de la voluntad sobre todas las tendencias de la vida psíquica. Para Santo Tomás no hay lugar a dudas. El intelecto es el único principio de la vida espiritual que se eleva sobre lo meramente temporal. "La valoración antigua del intelecto, dice Heinz Heimsoeth, celebra una vez más un triunfo completo en la alta escolástica de Alberto y Santo Tomás, totalmente influida de nuevo por Aristóteles".

Pronto tuvo el intelectualismo tomista su réplica en las tesis sutiles de Duns Scoto. De acuerdo con Béraud de Saint-Maurice, "ces quatre thèses sont: 1) L' Infini; 2) L' univocité de l' être; 3) la Distinction formelle; 4) le Volontarisme; avec remarque sur la moralité des actes".

La tesis del Infinito! He aquí un elemento extraño a la filosofía griega. Platón hubiera retrocedido asombrado. Los conceptos de vacío, irracional (alogos), infinito, lindaban para él con el no-ser. Procedentes del orfismo y del cristianismo ellos se filtraron tardíamente en la filosofía medieval. El realismo tomista de corte helénico los rehusó. Pero Duns Scoto, más que sutil heredero de la mística del Santo de Asís y del fondo anímico nórdico, prefiere la prueba metafísica del ser para demostrar que si hay un Infinito ese Infinito es Dios. "Como un águila, dice Béraud de Saint-Maurice, que emprende su vuelo hacia las cimas de la montaña y sin clignotación mira el sol en el brillante esplendor de su luz, así Duns Scoto se eleva sin desfallecer hasta la cumbre de la Inteligencia y del Amor, proclama la plenitud, la totalidad del Ser: el Infinito".

La tesis de la univocidad del ser "supone un fondo sobre el cual Dios y todo lo que no es El pueden encontrarse, realizándose este encuentro en el terreno del ser (R. P. Michel-Ange)". Dios y la criatura se ligan estrechamente en la univocidad del ser. "Todos los seres, dice el R. P. Belmont, tienen de común la existencia (atributo unívoco); pero difieren (analogía) los unos de los otros en que las esencias son múltiples y varias". No palpita en esta profunda tesis escotista el amor franciscano inconmensurable que llama hermano por igual a la brizna de hierba, al pájaro y al lobo? No hay en esta tesis un efluvio cósmico universal? "La univocidad del ser, dice un comentarista, es el fundamento de un rasgo admirable de familia, común a todos los hijos de un mismo Padre Celestial".

La tesis de la distinción formal tiene enorme interés sobre todo en su aplicación a Dios y el alma humana. "Duns Scoto, dice Béraud de Saint-Maurice, sienta en la base de su tesis que "el Espíritu Infinito, como todo espíritu finito, es esencialmente indivisible en su Substancia; porque él es simple y no puede ser idéntico más que consigo mismo". Nuestro doctor comienza con esta bella invocación filosófica: Tu est infinitae et summae simplicitatis, nullas partes habens re distinctas. Y del espíritu finito, que es el alma humana, dice Scoto: "El alma es una sola fuerza inteligente, indivisible y volitiva". Unidad, simplicidad perfecta, tal es nuestro primer rasgo de semejanza con Dios!

La última tesis, la del primado de la voluntad, matiza definitivamente la filosofía escolástica de Scoto. "Es la tesis más cara de la escuela franciscana. El Santo de Asís y sus hijos han cantado siempre el amor por encima de todo, y han asignado a la voluntad que lo expresa el papel más noble".

He aquí la tesis scoutista pura: "Voluntas est motor in toto regno animae, et omnia obediunt sibi". En síntesis: la prioridad de origen pertenece a la inteligencia, porque para querer hay que conocer. La inteligencia es la condición sine qua non de la voluntad. Pero la prioridad de origen no constituye

superioridad para la inteligencia. Antes por el contrario. De la prioridad misma deduce Scotto que la inteligencia es inferior a la voluntad. Fértil y rica en consecuencias, esta sublime intuición recoge el dato inmediato a todas las criaturas y el anhelo universal de los místicos de todos los tiempos. Nada hay por encima de Dios. De un golpe derriba Scotto el "fatum" de las ideas platónicas enquistado en las doctrinas teológicas. Dios sólo está obligado por su propia voluntad. "Dios crea, comenta E. Gilson, si quiere, y crea sólo porque quiere... La única causa, por la cual ha querido Dios las cosas, es su voluntad, y la única causa de la voluntad que ha hecho, es que su voluntad es su voluntad..."

La piedra de escándalo de la filosofía voluntarista de Scotto ha sido la revolución ética que ella implica. En el fondo, sin embargo, los principios del decálogo permanecen inalterables, pues son la expresión de la voluntad eterna e inmutable de Dios.

#### V.—PROYECCIONES DEL VOLUNTARISMO SCOTISTA

##### EN LA FILOSOFIA MODERNA

Heinz Heimsoeth, en "Los seis grandes temas de la metafísica moderna", ha esbozado la posible influencia del voluntarismo scotista en los sistemas filosóficos modernos que, en una u otra manera, reintegran a su contenido el principio de la voluntad. Hay continuidad de la tendencia voluntarista, pero a la par una proliferación de puntos de vista: metafísico en Schopenhauer, psicológico en Bergson, gnoseológico en Dilthey y Max Scheler, y ético en Kant.

Dentro de nuestro tiempo y ámbito cultural, tienen ciertamente la voluntad y la acción una evidente supremacía. Nuestra hora es la del palpito y la emoción!

B. MANTILLA PINEDA

Profesor de la Universidad de Antioquia



# DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

